

# COAST TO COAST



UN VIAJE POR LOS MÁRGENES  
DE LOS ESTADOS UNIDOS  
A TRAVÉS DEL BALONCESTO



FERNANDO MAHÍA

CONTRA

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Diseño y maquetación: Endoradisseny

Primera edición: Septiembre de 2022

© 2022, Contraediciones, S.L.

c/ Elisenda de Pinós, 22

08034 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© 2022, Fernando Mahía

© Bennett Raglin / Getty Images, de la imagen de la cubierta:

Rucker Park, Nueva York, 22 de abril de 2020.

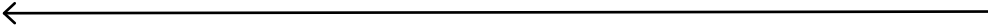
ISBN: 978-84-18282-80-5

Depósito Legal: B 14563-2022

Impreso en España por Kadmos

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*Para Patri.*



# ÍNDICE

## I.

### NUEVA YORK

- 0. Kilómetro cero: Rucker Park  
11
- 1. El Barrio, básquet salsoso  
21
- 2. The Dominican Jordan en Washington Heights  
35
- 3. Una tarde en Coney Island  
49

## II.

### EL CINTURÓN DEL ÓXIDO

- 4. Springfield ya no es tierra de utopías  
65
- 5. This is what we do in Flint  
81
- 6. El Chicago blues de Miss Gaters  
101

## III.

### EL CORAZÓN DE AMÉRICA

- 7. Un anillo de treinta y tres diamantes en Paoli  
117
- 8. Giannis en los Apalaches  
133



---

9. Buscando a Schuye LaRue por las calles del DC  
**147**

10. Charlottesville: donde chocan las Américas  
**159**

#### **IV.**

### **EL SUR PROFUNDO**

11. Un globetrotter en Savannah  
**173**

12. Memphis, I've been loving you for too long  
**189**

13. Lusia Harris y el realismo mágico del Delta  
**203**

14. El baile de Pete y NOLA  
**215**

#### **V.**

### **EL OESTE**

15. Jorge Gutiérrez: la frontera lo cruzó  
**233**

16. La larga marcha navajo de Ryneldy Becenti  
**245**

17. Richfield, Idaho, no es lo que parece  
**257**

18. Cruzando Frisco el día que se inaugura la casa de los Warriors  
**267**

19. Epílogo: kilómetro 15.932  
**283**





**★ DYCKMAN PARK**

BRONX

**RUCKER PARK ★**

**WASHINGTON HEIGHTS ★**

**★ SOUTH BRONX**

**SPANISH HARLEM ★**

MANHATTAN

QUEENS

NEW  
JERSEY

**★  
SUNSET PARK**

**★  
BEDFORD  
STUYVESANT**

BROOKLYN

STATEN  
ISLAND

**BRIGHTON  
BEACH**

**★  
CONEY ISLAND**

# I. NUEVA YORK

---

**«OCHO MILLONES  
DE HISTORIAS TIENE LA  
CIUDAD DE NUEVA YORK.»**

Rubén Blades, «Pedro Navaja»

---





# KILÓMETRO CERO: RUCKER PARK

---

«Seven, seis, cinco, four...»

No es dislexia, es Nueva York. Una ciudad en la que nada es más autóctono que lo mestizo. Donde una dosis de spanglish le viene de cine a la cuenta atrás.

Situémonos: estamos al norte del Harlem, 5 de junio de 2019, última hora de la tarde. Trump todavía duerme en la Casa Blanca. Coronavirus es un término extraño para la mayoría. Kobe Bryant sigue vivo.

Hace unos minutos que nos cruzamos en la John T. Brush Stairway con Walter Watson, entrenador personal de básquet<sup>1</sup>. A su lado, un adolescente seguía las órdenes a rajatabla. Sentadillas. Abdominales. Series de escaleras. Es el precio a pagar, le decía, para ser el nuevo Kareem, el nuevo Durant. Para ser el mejor ahí abajo, en Rucker Park.

1. Mientras grita y arenga y se apoya en la barandilla de esta escalera por la que mareas de aficionados al béisbol acudieron algún día al Polo Grounds para ver a los New York Giants, Walter Watson —afroamericano, 1,90, pelo corto— saca tiempo para darnos su tarjeta de visita. Reza: *Walter Watson, Player Development Coach. You want to learn? I'm willing to teach.*

La temperatura es agradable y las nubes comienzan a enrojecer sobre la cancha callejera más mítica del básquet mundial. Nos apoyamos en la verja que la rodea, como Charles Barkley cuando perdía su *mojo* en *Space Jam*. A pocos metros, cabeza apoyada en la misma valla mientras sus amigos buscan escondite, una niña hace una cuenta atrás en el idioma de las calles latinas de Nueva York.

«...three, dos, one...»

Uno de sus amigos se agacha tras el banco en el que se sientan los padres, que charlan a la vez que los vigilan de reojo, como por compromiso. La ciudad no es la misma que hace treinta años, ya no existe la necesidad de vivir en alerta constante. Otro se infiltra entre las gradas que rodean la pista de baloncesto. Cosa rara, no hay en ella ni pachangas ni duelos individuales ni nada que se le parezca. El resto de niños corretea de aquí para allá, en busca de algo que los oculte.

Entre la penumbra, con el sol poniéndose tras las torres del Harlem, esconderse es a esta hora una misión sencilla.

«Go!»

El grito de la niña inicia otra partida de escondite en Rucker Park, la última del día. Pero no solo comienza eso. Aunque ella no lo sabe ni lo sabrá, su grito va a funcionar como el mojón del kilómetro cero para este viaje. Una ruta *coast to coast*<sup>2</sup>, del Atlántico al Pacífico, desde Nueva

2. *Coast to coast*, esa jugada en la que uno coge la bola bajo su propio aro y la bota hasta anotar en la canasta rival. Como la que hizo Shaquille O'Neal —2,16, ciento cincuenta kilos, músculos hasta en el dedo meñique— en un All-Star de comienzos del siglo XXI. Jason Kidd, que pesaba unos cincuenta y seis kilos menos, se apartó en vez de intentar defenderlo. «Cuando lo vi venir», afirmó Kidd, tipo listo, «me acordé de mi familia y le dejé pasar».

York hasta San Francisco, que busca poner a este país en contexto. Diecinueve etapas. Más de quince mil kilómetros de carretera. Un solo compañero de aventuras. Uno que siempre ejercerá de hilo conductor, por mucho que a veces vaya a ser personaje principal, en otras un simple extra: el baloncesto.

Poco le puede pegar más a este país que una mezcla de básquet y carretera. Primero, por el hecho innegable de que los Estados Unidos se han formado en el movimiento constante, mediante una conquista salvaje de todo lo que quedaba al oeste, haciendo de ríos y carreteras un elemento clave de su cultura. De ahí que las crónicas y desventuras viajeras sean su género por excelencia. Asoma John Steinbeck, que se lanzó en *Viajes con Charley* a intentar entender su país con cincuenta y ocho palos, un caniche y una autocaravana. Lo hizo con una ilusión similar a la de *Thelma & Louise*, que mandaron a todos a pastar —salvo a Brad Pitt, claro— a base de asfalto. En un cóctel de ambas vertientes, la sociológica con la visceral, Jack Kerouac saltó a la fama con su *On the Road*. Y antes que cualquiera de ellos, Huckleberry Finn y el esclavo negro Tom se habían recorrido el Misisipi al dictado de Mark Twain. La curiosa pareja se fue *rollin' on the river*, como cantaron los Creedence y más tarde versionó Tina Turner.

Pero de igual forma que el viaje es una parte fundamental de la idiosincrasia estadounidense, el básquet es un método idóneo para explicarla. Porque los Estados Unidos son un concepto complejo, poliédrico. Una realidad mestiza, pese a lo que se clama desde dentro y fuera de sus fronteras. Y pocas de sus expresiones autóctonas han

mimetizado tanto ese carácter multicolor como el baloncesto. Este, a diferencia del fútbol americano, del béisbol o del lacrosse, no vive anclado únicamente en *unos* Estados Unidos: en los dominantes, angloparlantes, habitualmente nacionalistas y muchas veces reaccionarios. Con el baloncesto se llega a los márgenes del país. A negros, nativos, feministas y latinos, a los urbanos y los rurales, a los pobres y a los que todavía lo son más. Suma de ambas razones, la premisa de la que partimos es que la mejor forma de conocer el país es a través de sus carreteras, pero siempre con una canasta a la vista.

Hoy, 5 de junio de 2019, día cero del viaje, pocas cosas están esclarecidas salvo esa hipótesis inicial. El resto se muestra difuso. Las historias, sus protagonistas, incluso el método de transporte son incógnitas por despejar. Todo lo que hay es un par de piernas. Una mochila. Un mapa del país impreso en DIN A4 con resolución paupérrima. Y en él, entre líneas arbitrarias que trazan rutas que jamás recorreremos, un único punto innegociable: el de la casilla de salida. Y se sitúa justo aquí, en Rucker Park. Donde ya se ha hecho de noche, donde no hay niños jugando al escondite, ni padres vigilando. Donde nuestra presencia entre las sombras comienza a resultar un tanto inquietante.

El paso por Rucker Park era imperativo porque ningún otro flechazo deportivo, exceptuando quizás el que se produjo cuando los ingleses llevaron el fútbol a los puertos de Sudamérica, ha tenido la relevancia histórica que el de la cultura afroamericana con el deporte de la canasta. Porque esa relación de más de un siglo vertebrará todo el viaje. Y porque esta pista del norte del Harlem es la

máxima expresión de dicho romance, su anillo de compromiso.

El binomio de lo negro y el baloncesto tiene sus orígenes en un episodio histórico conocido como la Gran Migración Negra, un éxodo que modificó los Estados Unidos de arriba abajo —o de abajo arriba, más bien— entre finales del siglo XIX y mediados del XX. Lo hizo partiendo de una lógica sencilla: visto que la Guerra Civil finalizada en 1865 había acabado con la esclavitud pero no con los sistemas racistas de los estados sureños, seis millones de afroamericanos que allí malvivían emigraron hacia las ciudades industriales del norte. Buscaban en ellas una ración de pan y al menos media de libertad. En sus petates, expresiones propias nacidas en el cautiverio: jazz, blues, góspel. Sonidos que estaban a punto de convertirse en parte del paisaje musical de sus destinos. De Chicago. De Saint Louis. De Detroit. Y, por encima de todos, de Nueva York.

Esas comunidades afroamericanas llegadas al norte pronto adoptaron el baloncesto como pasatiempo. Fue el fruto de una necesidad mutua. El espacio no sobraba en sus nuevos barrios obreros, y este deporte les iba de madre. Un cacho de calle, un aro colgado de cualquier pared; ahí estaba todo lo que se necesitaba para una pachanga. El básquet, por su parte, encontró en el ritmo llegado del sur el pasaporte a la fama. En sus inicios una disciplina austera, cartesiana, aburrida, propagada por organizaciones cristianas y blancas, recibió de la cultura negra dosis de todo lo contrario: ritmo, improvisación, espectacularidad, estilo. Nació una nueva forma de entender el baloncesto. Una que hizo de los pases por

la espalda, los tiros en suspensión y los mates su seña de identidad.

Tan mal vista como todo lo que merece la pena, la interpretación que el gueto hizo del básquet fue considerada herejía durante tiempo. Eran fanfarronadas de cuatro macarras, espectáculo que no valía para ganar partidos. Mucho lirili y poco lerele. Pero desde el buen día en que la NBA se apartó del purismo blanco y universitario para dejarse llevar por el sabroso swing de piel oscura, el pecado, gracias a Dios, se convirtió en norma. De ahí que nadie sueñe hoy con jugar el baloncesto de aquellas universidades de principios de siglo. Todos, en el Bronx, en Betanzos, en Eslovenia, buscamos ser herederos de las familias algún día esclavas que emigraron al norte. Esas que improvisaron básquet callejero con la misma actitud de quien se marcaba un blues.

De esta forma, puesto que el Harlem fue el destino por excelencia de aquella Gran Migración, el lugar donde muchos negros fueron un pelín más libres, donde floreció como en ningún lado la poesía, el jazz, la moda y el activismo político afroamericano en el Renacimiento de Harlem<sup>3</sup>, ¿dónde si no iba a estar el templo de su mayor expresión deportiva?

3. El Renacimiento de Harlem fue un resurgir del arte y la cultura afroamericana que tomó este barrio neoyorquino durante los años veinte del siglo pasado. Un capítulo clave en la historia cultural negra y que convirtió al Harlem en uno de sus símbolos. Como todas, esa expresión de los *felices años veinte* se cerró con la depresión económica posterior al crac del 29.

Aquí, en el cruce de la 155 con Frederick Douglass Boulevard, Rucker Park luce ya en esta noche del 5 de junio como un oasis de calma. El playground se ha acostado mientras el resto del barrio se despertaba. Es la excepción en una velada de grupos de gente bebiendo, hablando, escuchando música en las aceras. De luces de neón que alumbran fachadas. De parejas que se besan en esquinas furtivas. Una vida que entre estas dos canastas está puesta en cuarentena hasta que llegue la mañana.

A simple vista no hay nada que diferencie a Rucker de cualquier otra cancha urbana. Tiene sus dos aros, su marcador electrónico, las gradas metálicas y una valla que impide que la pelota se escape a la carretera. Su importancia radica más allá de esa primera impresión. En el relato de un lugar simbólico para el básquet de raíz, del pueblo. En la línea cronológica que parte de la Gran Migración Negra y entronca con la del básquet.

Dicha historia comienza en 1950. Lo hace con la persona que le otorgó nombre a este lugar: Holcombe Rucker. Funcionario afroamericano del ayuntamiento de Nueva York, heredero de la tradición activista del Harlem que provenía de la Gran Migración Negra, Holcombe tuvo la idea de crear un evento deportivo para los jóvenes desfavorecidos del barrio. El básquet sería el pretexto para sacarlos de la calle, de la mala vida que castigaba al distrito. Un torneillo humilde, de andar por casa. Pero el Rucker Tournament, que así se le llamó, vivió un éxito inesperado. Lo que había nacido como un proyecto social se tornó en menos de una década en referencia deportiva nacional. Desde esa eclosión, jugadores de cualquier parte

del país comenzaron a llegar a este punto del Harlem para dejar su firma. Hasta hoy<sup>4</sup>.

Hubo un poco de todo entre esa primera generación que dio lustre y fama a Rucker Park, allá entre los años sesenta y setenta. Aquellos que hicieron cima como leyendas de la NBA: Tiny Archibald, Dean Meminger, Wilt Chamberlain, Julius Erving o Kareem Abdul-Jabbar. Tuvo también su protagonismo Nancy Lieberman, uno de los primeros mitos femeninos del básquet estadounidense. Y otros que, quizás, representan aún mejor ese carácter espontáneo, popular, bajo el que se forjó la leyenda de Rucker, meca del folclore baloncestístico. Relatos como los de Joe Hammond o «Pee Wee» Kirkland, que se dice rechazaron a la NBA porque ganaban más dinero trapi-cheando marihuana o heroína en el Harlem de la época. Y, por encima de todos, el de la más grande leyenda urbana: Earl «The Goat» Mannigault.

Sobre Mannigault, lo primero que se adentra en el territorio de la leyenda es el origen de su apodo. La teoría más plausible afirma que nació en el momento en que un profesor se confundió al pronunciar su apellido: Mani-Goat, le llamó. De ahí lo de *The Goat*, la cabra. Pero, ya se sabe, lo verídico no es siempre lo que más vende. La historia que ha prevalecido es que *The GOAT* hacía referencia al famoso acrónimo: *Greatest Of All Time*, el mejor de todos

4. La nómina de nombres propios de la NBA y la WNBA que, bien de críos, bien ya de profesionales, han pasado por Rucker en las últimas décadas es interminable: Kevin Durant, Kia Vaughn, Allen Iverson, Epiphanny Prince, Kobe Bryant, LeBron James, Teresa Weatherspoon, Dwyane Wade, Rafer Alston, Jamal Crawford... *and on and on and on...*



los tiempos. Lo fuese o no, las fábulas de sus hazañas hacen honor al apodo: dobles mates —una jugada en la que Mannigault, con su escaso 1,80, hacía un mate con la mano derecha y, sin tocar el suelo, otro con la izquierda—, exhibiciones frente a cualquiera de sus rivales en Rucker, la devoción de toda una ciudad hasta que su baloncesto se fue apagando entre jeringuillas, reformatorios y cárceles neoyorquinas<sup>5</sup>.

Luego, a medio camino entre la leyenda urbana y el profesionalismo, sin ser como Kareem pero tampoco como Mannigault, deambula la biografía del que será protagonista principal de la primera etapa de este viaje: Héctor Blondet. El tal Blondet jugaba en los años sesenta para el Boys High School de Brooklyn, una de las mejores escuelas de baloncesto de Nueva York. Era negro, fuerte, ágil, de casi dos metros. Con un físico escultural, similar al de las otras estrellas adolescentes que venían a mostrarse al norte del Harlem. Lucía incluso el mismo porte, ese swag afro, neoyorquino, ese estilo tan callejero de botar el balón y que se mama en las calles de la ciudad.

Había solo un pequeño detalle que lo diferenciaba del resto de sus rivales: la forma de hablar. Una de esas frases que Blondet podía soltar, con sello de denominación

5. Aunque Mannigault no llegó a ser profesional, Kareem Abdul-Jabbar nunca se olvidó de sus duelos en Rucker Park. Más de dos décadas después, cuando el mítico pívot de Los Ángeles Lakers se retiró tras su partido número 1560 en la NBA —récord todavía imbatido—, un periodista le preguntó cuál había sido el rival más duro de su carrera. Kareem no dudó: «Earl Mannigault». Dichas declaraciones aparecen en *Rebound* (1996), biopic sobre un Earl Mannigault al que da vida Don Cheadle.

de origen nuyoricán<sup>6</sup>. Algo como: «¡Tremendo danqueo, brother!».

Porque Héctor Blondet, con su spanglish como el de la niña del escondite, uno más entre kareems, ervings y mannigaults, fue el primer puertorriqueño en triunfar en las canchas de Nueva York. Él fue el prólogo de una invasión que tomó primero esta ciudad, luego la isla de Puerto Rico. Una que acabó por conectar Rucker Park con la isla caribeña.

¿Quién mejor que él, pues, para sacarnos a bailar un poco de salsa?

6. *New Yorker* + *Puerto Rican* = *Nuyoricán*, término con el que se definió a los miembros y a los productos culturales de la diáspora puertorriqueña en Nueva York.